



## Iglesia oficial e Iglesia real

Por José M.ª GONZALEZ RUIZ

Lo acaba de reconocer así como suena, nada menos que la figura más representativa de la «Iglesia oficial», que desde su refugio (nada pretencioso, por cierto) de Covadonga ha hecho unas declaraciones a «LA VOZ DE ASTURIAS», diario ovetense.

Efectivamente, hace mucho tiempo que, cuando me preguntaban: "¿Qué piensa, qué hace la Iglesia?", yo contesto insistentemente: "¿Y quién es esa señora?". Por lo pronto, ahí tenemos la primera distinción: Iglesia oficial e Iglesia real. La novedad es que hasta ahora no ha sido reconocida oficialmente (por el presidente de la Conferencia Episcopal) la existencia de la Iglesia real. Desde este reconocimiento pueden acontecer muchas cosas, hasta ahora apenas soñadas.

El cardenal Tarancón no tiene miedo en reconocer que la situación real de esta Iglesia bipolarizada se puede resumir en una sola palabra: desconcierto: "Los misterios —dice— desaparecen y empieza el desconcierto. He aquí la palabra clave: desconcierto". Si me permite el señor Cardenal, yo diría que lo que desaparece no son los misterios, sino los mitos. Aún más, hay una búsqueda apasionada del "misterio". Así lo reconoce el propio Cardenal: "La

*juventud... busca la verdad decarnada y lo radicaliza todo. No obstante, busca la verdad, incluso la cristiana, y puede encontrarla hasta por el ángulo de JESUCRISTO SUPERSTAR".*

Pues bien, ahora me permito yo desde la Iglesia real intentar una valoración de ese desconcierto, que caracterizaría la situación actual de la Iglesia española: ¿es positivo o negativo? Para contestar a esta pregunta, uno que está en la Iglesia real acude a lo más real de esta Iglesia, o sea a sus puntos iniciales de referencia. Y así vemos que, cuando Jesús le devolvió la vista al ciego de Betesda, éste último entró lo primero en la fase del desconcierto o la confusión, ya que al ir recordando la vista, confundía a los hombres con los árboles: "Veo a los hombres; me parecen árboles, pero me doy cuenta de que andan" (Mc. 8,24).

Y es que para salir del letargo camino de la luz no hay más remedio que atravesar el túnel de la confusión y del desconcierto. Si en nuestra Iglesia no había hasta ahora este desconcierto, es porque generalmente se vivía en un profundo letargo y, utilizando el símil evangélico, los hombres de ella no eran mucho más que árboles ambulantes.

Los creyentes —lo que se dice "creyentes"— están ahora de enhorabuena, y hasta tienen la tentación de celebrar lúdicamente la nueva fiesta de la confusión: ¡bendita confusión que moviliza a los hombres hacia la luz! Eso sí: había muchos "creyentes" (?) que se lo pasaban muy bien sumidos en el letargo, y no digamos los que de ese letargo hacían un uso cómodo para sacralizar sus más ocultas ambiciones.

El Cardenal termina reconociendo que "en España faltan líderes en todos los órdenes: en la política, los que quieren serlo no son admitidos". Todo esto es consecuencia de la situación letárgica de nuestro pueblo (más o menos creyente); pero la Iglesia —sobre todo la oficial— no puede dignamente hacer una denuncia profética en este sentido, si ella misma en su propio seno se sigue todavía dedicando a bloquear la aparición de "líderes", sobre todo si hablan un lenguaje profético.

Sin embargo, hemos de reconocer que en este aspecto hay un gran "décalage" entre lo civil y lo eclesial, ya que la mayoría de los "profetas" sancionados civilmente, no lo han sido canónicamente.

Algo es algo. ■